

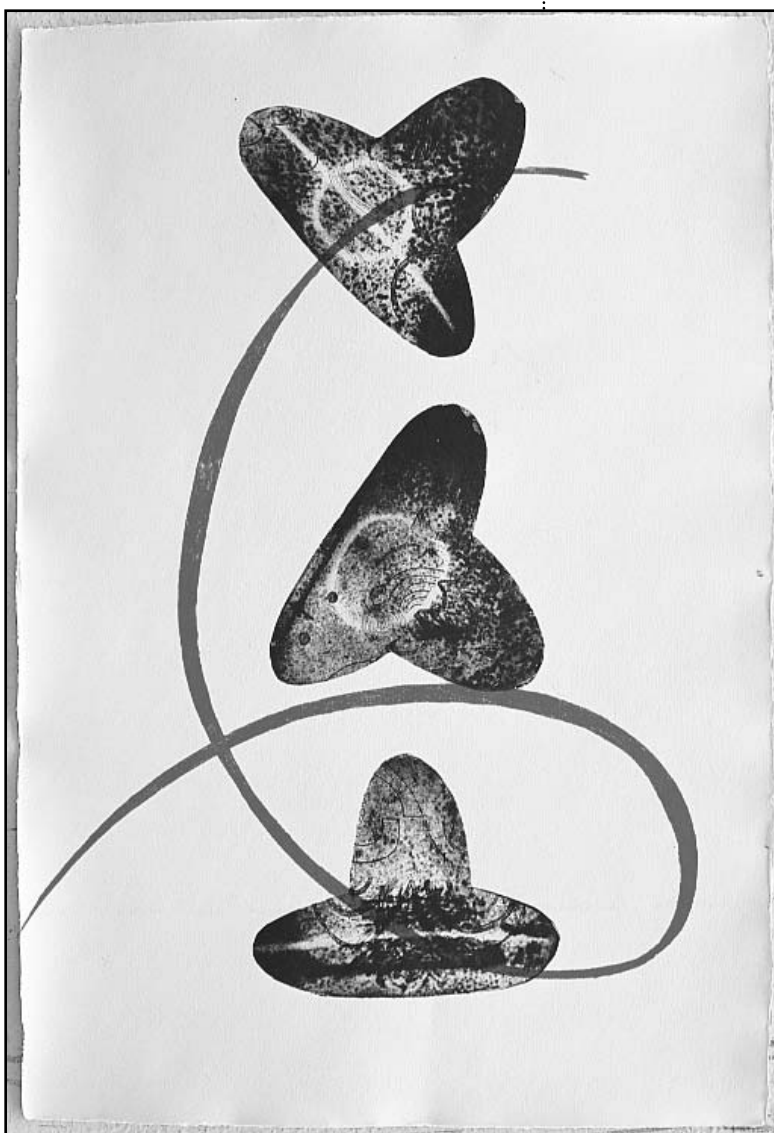
Julio César
Montané Martí*

HISTORIA

La expulsión de los jesuitas de Sonora



Coral Revueltas,
Crónica de hitos de mercurio II, 2002.



Los jesuitas buscaban crear en América un tipo de sociedad independiente y colateral a la española, constituida por los indios y los frailes a la cabeza, en la que la vida comunitaria y la acción de todos fuera el sustento que llevara a una vida digna y le asegurara a los aborígenes, por medio del cristianismo, la salvación y la gloria eternas, siempre y cuando fueran fieles a los preceptos de la iglesia, del rey y de las enseñanzas de los jesuitas. Para tan loables fines, la Compañía de Jesús organizó en el noroeste novohispano el sistema misional. Aquí nos referiremos especialmente a Sonora.

La misión era una unidad evangelizadora y económica, formada por indios y jesuitas, dividida en rectorados que constituían agrupaciones misionales de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús. Una misión era parte de un sistema de misiones en el que una se apoyaba en las otras y emprendían la fundación de nuevas. Así, las misiones en el río Yaqui fueron un importante sustento y base de operaciones para desarrollar las misiones californianas.

Evangelizar era civilizar. Misionar era propagar en los pueblos “incivilizados” el cristianismo. Y civilizar era introducir la agricultura y ganadería europea. A medida que se extendían las misiones jesuitas en el Noroeste, los pobladores españoles no encontraban lugar donde los religiosos no acapararan la mano de obra aborigen y también las mejores tierras, decían, pues el celo evangelizador no dejaba espacios a la riqueza de

* Centro INAH Sonora.



los profanos. Entre misión y misión algunos españoles se dedicaban a la agricultura y la ganadería, pero sin lograr formar núcleos significativos de población española. Donde las condiciones naturales y la resistencia indígena lo permitían, los españoles formaban un Real de Minas.

No hay religión católica posible sin tres plantas europeas que se expandan a la par que el cristianismo: trigo, vid y olivo. Pues no hay presencia del cuerpo del Señor sin harina, ni la presencia de su sangre en la misa sin vino, ni paso a una vida mejor sin aceite, santos óleos. El proceso evangelizador sólo podía tener éxito con indios agricultores que se constituyeran en poblados permanentes. Evangelizar era también hispanizar. Enseñarle a los indios, en primer lugar, a considerar a los españoles como cristianos y tenerlos por sus amigos y hermanos, y aceptar obedecerles y servirles. De tal forma que se uniera el respeto a la fe, con el respeto a los españoles. Lo que conllevaba serias contradicciones y era raíz de conflictos cuando los españoles, con más frecuencia que la esperada, constituían un mal ejemplo para los indios.

Sin lugar a dudas las misiones se constituyeron en la punta de lanza de la conquista española. Los españoles, primeros beneficiados del avance misional, se erigían pronto en enemigos de las misiones, pues consideraban que era a ellos a quienes les correspondían los beneficios de la explotación de los indios.

Erróneamente se ha identificado a la misión con el templo de la misión. La misión era mucho más que la construcción religiosa, era un poblado indígena, campos de cultivo, áreas de cría y pastoreo de animales; talleres,

bodegas, la casa misional, la plaza y varios otros poblados indios, denominados visitas. En cierta forma se parecía a una hacienda administrada por jesuitas y se diferenciaba en que a los indios no se les pagaba salario alguno por su trabajo. Así, un misionero era rector, cura, predicador, catequista, procurador, administrador de hacienda, labrador y rancharo.

Debemos recordar que las misiones estaban constituidas por trabajadores indios que no recibían salario y que laboraban tres días para la misión, otros tres días para sí, y el último día de la semana era dedicado a la oración, labores evangélicas y al descanso. No era todo tan simple y tan ideal. El trabajo de los indios en la misión era el que el padre ordenaba y organizaba, y cuyo producto el jesuita distribuía a los indios directamente como regalos, por los bienes que obtenía por compra a México.

Ya en julio de 1591 encontramos en el norte de la actual Sinaloa a los jesuitas. La primera fase de la conquista espiritual de esta orden fue muy violenta, debido a que los jesuitas se proclamaron campeones en perseguir las idolatrías y a unirse para tal fin con los militares. Tan errada comunión resultó desastrosa, al crear una fuerte resistencia indígena que trajo como consecuencia la muerte de algunos de los primeros misioneros en manos de los indios. Es decir, que el conjunto *jesuitas / militares* devino en *resistencia / mártires*. Siempre que los jesuitas se unieron a los militares se vieron envueltos en conflictos con los indios y se generaron mártires para la Compañía de Jesús. Tal política llevó a un violento conflicto con los yaquis. Pactaron establecer



misiones en el territorio yaqui sin la presencia de españoles ni de militares. Tan feliz logro permitió entrar en una segunda etapa evangelizadora, caracterizada por el par *jesuitas / indios* que hizo posible el de *misión / poblados indios*.

Las zonas semiáridas eran una negación de la agricultura misional. Por tal razón la zona al norte de Guaymas sería ajena a los asentamientos misionales, y los que se intentaron fracasaron. Al norte del río yaqui las misiones se distribuyeron en los ríos sonorenses. Fueron sólo dos o tres décadas las que le bastaron a los jesuitas para poder asentarse sistemáticamente y con éxito en Sonora. La penetración profunda resultó facilitada por el sistema de los ríos Yaqui-Bavispe, y la penetración corta por los ríos Sonora-San Miguel. La evangelización en estos sistemas fluviales y los intermedios se mantendría hasta la década de los ochenta del siglo XVII, pues tal política misional había demostrado su eficiencia. No sin problemas, pues los indios a cada rato le recordaban a los jesuitas que los españoles no cumplían con sus promesas y menos con sus deberes de cristianos que tanto se les exigía a los indios. Se produjeron una y otra vez luchas indígenas por recuperar sus territorios usurpados, luchas de liberación de sus naciones, las que atribuían los jesuitas a las malas acciones de los españoles y más frecuentemente a los indios inducidos por el diablo.

Al defender su política misional, los jesuitas entraban frecuentemente en conflicto con los españoles, quienes acusaban a los religiosos, con toda razón, de no permitirles enriquecerse a costa de los indios. Y agregaban que sólo se enriquecían los jesuitas. Esta acusa-

ción terminó en un fiasco cuando militares y funcionarios, autodeclarados como los mejores amigos de los jesuitas, con motivo de la expulsión de los religiosos se entregaron al saqueo de sus bienes, en busca de supuestas riquezas que no encontraron, empleando métodos de averiguación a todas luces reprobables. Por supuesto que en las misiones no se encontraban riquezas acumuladas en forma de oro, plata o monedas, que eran las buscadas por los capitanes acostumbrados a los botines. Sólo había las riquezas convertidas en pertrechos, campos de cultivo y en templos.

Ya en la Sonora misional de 1662 se perfiló el espacio del futuro estado de Sonora. Los jesuitas contaron con diestros cartógrafos que nos dejaron una imagen de esa época en mapas. Todo este periodo de consolidación misional no ha merecido preocupación especial por parte de los investigadores. Por tal razón, los jesuitas de esa época se contemplan hoy día como brumosos personajes. En verdad la imagen que se tiene de ellos es la de las misiones del siglo XVIII.

Eusebio Francisco Kino fue el misionero jesuita precursor de una tercera etapa que cambiaría el ritmo misional. Este nuevo periodo, que nació con un conflicto entre la vieja y la nueva política misional, se caracterizó por un nuevo brío misional mediante el cual miles de almas debían ser salvadas, razón por la cual el sistema misional debía ser ampliado a nuevos territorios. Así empezó la evangelización de la Pimería Alta, que abriría la puerta a la decadencia de las misiones.

Examinemos la vida cotidiana de los jesuitas. El noroeste de México era el lugar novohispano más distante de la capital virreinal, no tanto por la distancia, que era mucha, sino por la dificultad del camino. Sonora quedaba aislada por meses en la época de lluvias. Tales razones conllevaban al más lamentable de los padecimientos que tenían que soportar los jesuitas: el aislamiento. Vivían por largos tiempos sólo con la compañía de sus indios fieles, lo que les traería recompensas celestiales, pero que les hacía difícil la vida diaria. Tenían además muchas carencias en la vida doméstica por lo que no nos debe escandalizar que los feligreses vieran con espanto cómo un padre aplicaba los santos óleos a su ensalada. Disponían de escasos libros,



los cuales fueron leídos una y otra vez. Gustaban de los de historia que los trasladaban a otros mundos.

Los padres no permanecían en un solo lugar, pues las misiones estaban constituidas por dos o más pueblos que tenían que visitar: los pueblos de visita. Tenían que viajar a caballo por senderos sembrados de plantas espinosas, de animales ponzoñosos y soportar un clima extremo. Además del continuo peligro de los asaltos de indios levantiscos. Claro está que también les acechaba el demonio por medio de los hechiceros que ejercían artes diabólicas contra los misioneros. Tan es así que el padre Roxas dejó constancia que la muerte del padre Marcos de Loyola se debió a “que sus males no eran enfermedad natural, sino causada del común enemigo; el demonio, viéndose vencido de tan poderoso soldado, se valió de un hechicero, que en hechizó al Padre, habiéndole lastimado las narices, de donde, con admiración de todos, echaba el padre unos gusanos peludos que le comieron las narices y le redujeron a tan lamentable estado que murió”.

La desnudez de los indios hacía todavía más difícil mantener el voto de castidad, a tal punto que el jesuita Javier Pascual le imploró a su superior que lo salvase del pecado y el alma del infierno sacándole de la misión. Algunos padres se acercaban tanto como la prudencia lo permitía, para mirar al indio a la cara y no correr el riesgo de bajar la vista sobre el cuerpo desnudo. A los padres se les dificultaba entender a los indios, no era su misión comprender su cultura, sino transformarla para que se convirtieran en cristianos y civilizados. Muchos jesuitas, procedentes de otros países, no sólo tenían problemas para entender a los indios sino también a los españoles.

En los pueblos, los jesuitas y las autoridades españolas nombraban a indios como gobernadores, justicia,



fiscales, alcaldes, para crear por una parte un sistema de fidelidades, y por otra, para ejercer por medio de ellos el dominio sobre los indios. También éstos tenían cargos que los responsabilizaban de las enseñanzas evangelizadoras. La doctrina cristiana se predicaba cada mañana antes de la misa y en la tarde. Los cantos religiosos se acompañaban con instrumentos musicales que tocaban los indios, como violines y arpas. Se celebraban procesiones con gran pompa. A los indios les impresionaban estas ceremonias. Los indios venían a donde el misionero para pedirle ayuda durante todo el tiempo. Uno quería carne, otro pan o maíz, pedazos de tela, navajas, de manera que difícilmente el misionero tenía una hora libre.

Nada era tan difícil para un misionero en Sonora, que vivir entre gente rústica, ignorante e incivilizada. No había una sola persona de quien el misionero pudiera esperar ánimo ante una adversidad, o un buen consejo o con quien mantener una conversación racional. Si quería confesarse tenía que hacer un largo viaje, pues los misioneros estaban distanciados.

La expulsión de los jesuitas de Sonora y Sinaloa fue especialmente violenta. Con frecuencia recibieron malos tratos de las autoridades españolas y un aislamiento que impidió a los sonorenses expresar cualquier tipo de solidaridad con ellos. Sólo cuando los expulsados abandonaron los territorios de esos dos estados, comenzaron a recibir el apoyo y el cariño de la población. Nos parece conveniente dejar constancia de lo represivo del gobierno de la Nueva España bajo la siniestra sombra de José de Gálvez.

A la razón de por qué fueron expulsados los jesuitas, debemos de responder que hubo una larga cadena de acontecimientos que antecedieron el decreto de expulsión de la Compañía de Jesús de todos los territorios



españoles. Los problemas empezaron con los primeros éxitos de los jesuitas, pues hay que decir que el peor enemigo de una orden religiosa es otra orden religiosa. Los celos y envidias, provocados por la dependencia de los jesuitas directamente del Papa, y de su independencia de las jerarquías eclesiásticas locales, les trajeron la animadversión. En lo inmediato estuvo el desarrollo del capitalismo, con su propia utopía de una sociedad de burgueses y trabajadores, dirigida por los burgueses, y por otra parte la consolidación del Estado moderno que no permitiría ningún otro poder sobre sí mismo. Los jesuitas fueron expulsados de los territorios portugueses en 1759, y de Francia en 1762. De España y sus colonias en 1767. Las explicaciones son complejas debido a las intrigas y a los pretextos, pero resumiendo al máximo podemos sostener que el carácter conservador de la Compañía de Jesús de aquellos tiempos, ante los grandes cambios de los pensadores de la Ilustración, dejó a la orden rezagada y mostró a la burguesía en as-

censo como una fuerza social. Por ende, también los ilustrados vieron a los jesuitas como sus enemigos. Todos los Estados buscaban librarse de la influencia papal, y los jesuitas eran vistos como una orden por encima del Estado, dada su dependencia directa del Papa. El Estado absolutista no podía permitirse ningún poder que no controlase. Los jesuitas tenían su utopía, pero los burgueses también, y fue la utopía capitalista la que terminó por imponerse.

Con el sistema misional, los jesuitas trataron de desarrollar la utopía cristiana de un gobierno de indios presidido y dirigido por jesuitas. Tal proyecto fracasó totalmente allí donde los indios eran cazadores recolectores, pues para tener éxito era preciso contar con una producción agrícola que asegurara la alimentación de los indios y produjera suficientes excedentes que permitieran adquirir otros productos, apoyar a otras misiones y fundar nuevas. El éxito misional fue posible en los asentamientos del río Yaqui, por ser un área de alta producción agrícola que permitía llevar desde allí alimentos para las misiones californianas, siempre sumidas en la escasez, así

como indios yaquis para apoyar la protección de los jesuitas allí establecidos.

Este sistema podía funcionar bien a condición de que no se desarrollaran poblaciones españolas que obstruyeran la labor misional y especialmente el proceso de cristianización. Asimismo, que no se fomentaran labores mineras, que requerían de la mano indígena que los jesuitas necesitaban. Por tales razones los problemas por la propiedad de la tierra entre jesuitas y españoles fueron relevantes desde el principio. Los españoles se quejaban de que las mejores tierras agrícolas se las apropiaban los jesuitas; una y otra vez solicitaron su secularización, la que vendría, claro está, después de la expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús. Por otra parte, los mineros y los agricultores españoles reclamaban la mano de obra indígena de las misiones, que ellos consideraban estaba ociosa. La falta de trabajadores siempre fue una dificultad que se aminoró con la expulsión de los jesuitas.



Por otra parte, a todos afectaba la resistencia indígena constantemente pasiva y que pasaba a ser activa cada vez que las circunstancias lo permitían. Esto debido a que gran parte del territorio sonorense estaba controlado por los conquistadores, quedando áreas marginales dentro y fuera del propio estado. Las áreas sobre las que no se ejercía dominio permitían a los aborígenes organizarse para robar ganado a los españoles, que los indios vendían a otros españoles. Es decir, que el saqueo era, por último, propiciado por los propios conquistadores. A ello hay que sumar que los indios no constituían una unidad, ni mucho menos, y que unos se aliaban con los españoles y combatían a otros indios. La expansión española se dio gracias a que había indios que peleaban para ellos y con ellos; la conquista no hubiera sido posible sin ese apoyo. Ello no impedía, sin embargo, que a veces todos los indios se aliaran en contra de los colonizadores. Los nativos constantemente desarrollaban una guerra de resistencia cultural, y cuando las circunstancias eran favorables una guerra de liberación de sus naciones subyugadas. Todo esto hacía mucho más difícil, agotadora y desalentadora la labor del misionero.

Las instrucciones para la expulsión de los integrantes de la Compañía de Jesús las recibió el gobernador de Sonora, Juan de Pineda, el 11 de julio de 1767 en San Miguel de Horcasitas. De inmediato el gobernante redactó una serie de documentos para que se procediera al cumplimiento del decreto de expulsión, con el mayor sigilo. Con el pretexto de hacerles importantes consultas, se resolvió citar a todos los religiosos de Sonora en la misión de Mátape, y a los de Sinaloa en Buenavista.

Bien llegados los jesuitas a esos puntos de reunión, procedieron a detenerlos e incomunicarlos, prohibiéndoles conversar con cualquier persona, recibir o enviar cartas. Les leyeron el decreto de expulsión, y el 25 de agosto de ese año los trasladaron a Guaymas —donde llegaron el 2 de septiembre—, a un lugar en el que habían construido una empalmada junto al mar con material ligero, y empalizadas de ramas con barro y techos de troncos de palma con ramas y tierra; una especie de presidio sin ventanas ni muebles. Allí juntaron a los 51 jesuitas: 31 de ellos procedentes de Sonora y 20 de Sinaloa. En el lugar también estaban los 400 soldados y el ganado, cuya pestilencia de caballos y mulas había que soportar. Es decir, había ocho soldados por cada “peligroso” jesuita. Esta cárcel improvisada no tenía ningún tipo de comodidades. Era estrecha, insalubre, y los jesuitas estaban constantemente bajo vigilancia militar. Con mucho calor, agua semisalada y caliente, y malos alimentos, todos empezaron a enfermar. Como consecuencia de ello se produjo la primera muerte, la del religioso José Palomino, el 19 de abril de 1768; no se sabe si por hambre, enfermedad o ambas cosas a la vez, siendo el prelude de otras muertes que vinieron después. Era tal la inquina contra los jesuitas, que el padre Palomino fue enterrado en un lugar con estiércol. Ante la protesta de sus compañeros, el cura castrense se apiadó y lograron que fuera envuelto en una manta y subido sobre una mula, en la que fue



transportado por un indio a Belén —lugar donde misionó—, para que ahí fuera sepultado. Las malas condiciones de esa cárcel también afectaron a los soldados, quienes enfermaron de escorbuto y frecuentemente desertaban.

El 20 de mayo de ese año los jesuitas fueron embarcados en una nave en la que se les mantenía literalmente apilados: tres tenían que dormir en dos camas. Para su mayor desgracia, la falta de vientos marinos los llevó al garete durante veinte días, llegando después a Puerto Escondido, California, el 11 de junio. Las condiciones a bordo del buque eran peores que las sufridas en Guaymas. El suelo servía de mesa para comer, de silla para sentarse y de cama. Un cura decía que había más espacio en un ataúd. Los indios californios les trajeron en sus lanchas naranjas y limones, que las autoridades no permitieron entregarles. Un hermano de uno de los jesuitas expulsos, un oficial español Placius Somera, les trajo pollos, dos vacas y siete costales de maíz. El gobernador Portolá les mandó cien libras de carne seca y les dio permiso de bajar a tierra, lo que resultó de gran alivio para los enfermos. Les permitieron asimismo dormir en la playa, salvándose de la plaga de pulgas del barco. Sanaron del escorbuto con jugo de hojas de maguay.

El día 15 de julio salieron de Puerto Escondido con destino a San Blas. Después de muchas peripecias, entre vientos calmados y fuertes tormentas, lograron llegar a su destino el 9 de agosto. Dos días después empezaron un viaje a caballo rumbo a Guaristemba. Como todo estaba inundado, había que seguir el camino lodoso a tientas. Los caballos nadaban a veces, otras se enredaban en el fondo y se sumergían en el agua, y los padres enfermos caían al agua. En la noche llegaron a Guaristemba, todos enlodados y mojados. Éste era un pueblo muy pobre en el que no había comida. Así mojados y hambrientos tuvieron que dormir en el suelo húmedo. Al otro día, después de viajar doce horas llegaron a Tepic, donde los recibieron muy bien, con amor. Los señores les mandaron ropa, camas y comida.



Todos los ayudaron, incluidos los padres seculares. Desde Compostela les mandaron 80 caballos ensillados, mulas e invitaciones para alojarse en diversas casas, pero esto no lo aceptaron los soldados. Permanecieron seis días en Tepic recuperándose. A partir de este punto, cada vez serían mejor tratados por los vecinos. El 22 de agosto llegaron a Aguascaltepec, donde tres de ellos permanecieron por estar muy enfermos, acompañados de uno para que los asistiera. Al día siguiente arribaron al pueblo de Ixtlán, en el que murió el jesuita Nicolás Perera, quien misionó entre los seris y ópatas. En Aguascaltepec fallecieron los padres Enrique Kürtzel y Sebastián Cava, y en los siguientes días murieron doce jesuitas en Ixtlán, otros tres en Santa Magdalena y uno en Tequila, Jalisco. En total perecieron veinte padres entre Aguascaltepec y Tequila. En ningún lugar de que fueron expulsados hubo tal mortandad, pues seguramente en ninguna otra parte fueron tan mal tratados como en la expulsión de Sonora y Sinaloa.

Pero a partir de la llegada a Guadalajara las cosas cambiarían para los sobrevivientes, pues allí fueron bien atendidos todos ellos, incluidos los enfermos. En los siguientes traslados ya no padecerían penurias ni malos tratos. Viajaron ahora en coche, fueron bien alojados y mejor alimentados. Visitaron el santuario de la Virgen de Guadalupe, y en Veracruz se embarcaron rumbo a España el 8 de abril de 1769. Es decir, tardaron un año y medio en la odisea de la expulsión.

Bien llegados a la península ibérica las cosas cambiaron, pues allí se les detuvo durante años en distintos conventos esparcidos por todo el territorio español. Es decir, que sus penurias lejos de terminar continuarían durante todo ese periodo de cautiverio. Hoy los jesuitas están nuevamente entre nosotros dedicados fundamentalmente a la labor educativa, y es de esperar que no se logren fabular otras acusaciones contra la Compañía de Jesús y podamos gozar de sus beneficios.